



Cartilla de **EDUCACIÓN POPULAR**

para Facilitadoras de las
Escuelas de Economía Feminista.



Mundubat



Bizkaia
foru aldundia
diputación foral



Título:

Cartilla de Educación Popular, para Facilitadoras de las Escuelas de Economía Feminista.

Elaboración:

Colectiva XXK y Cony Carranza Castro (Educatora Popular Feminista).

Diseño y maquetación:

Maite Mentxaka y Verónica Luque, Tarrat Sormen Gunea.

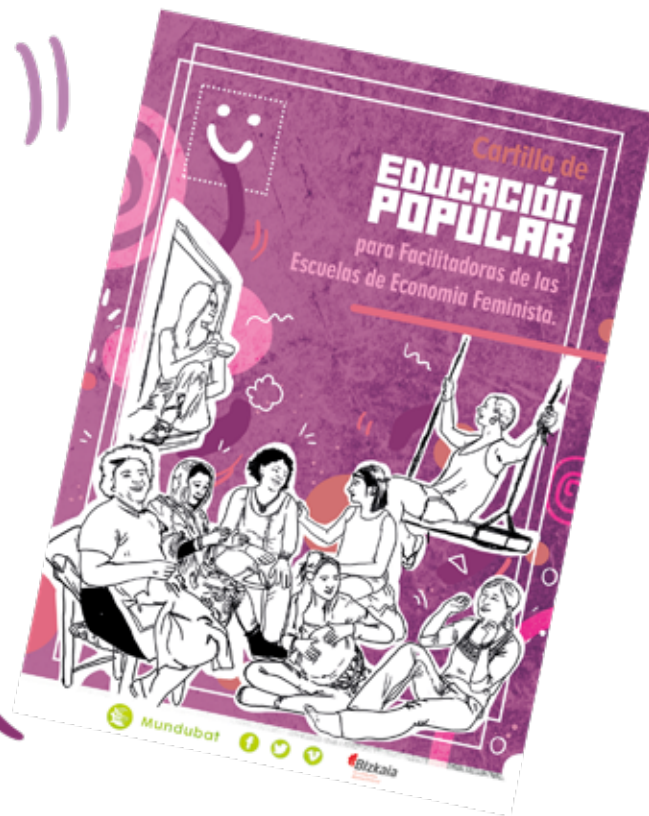
Colaboración:



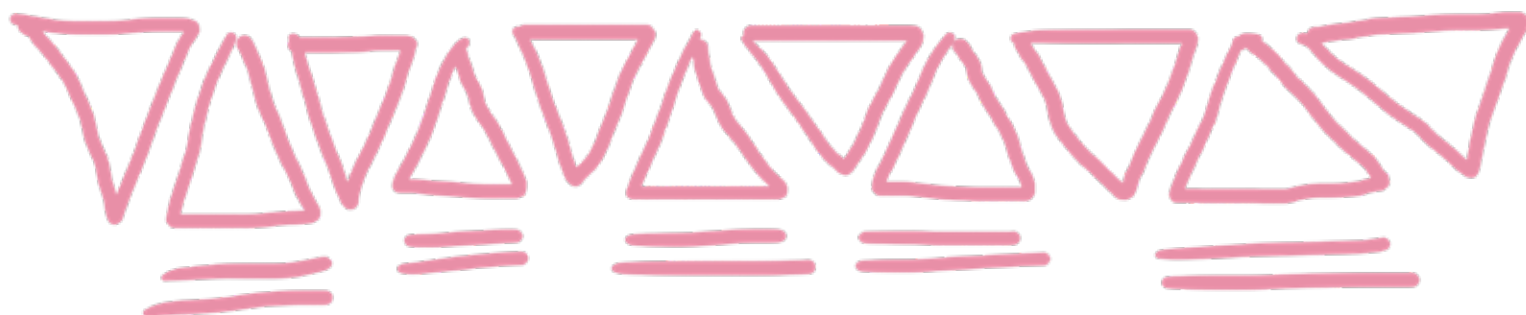
Mundubat

¿PARA QUÉ ESTA CARTILLA?

Esta cartilla que tienes entre tus manos está pensada para aquellas compañeras que se acercan por primera vez a la experiencia de facilitar una escuela de economía feminista. Incluye las principales cuestiones metodológicas y pedagógicas que dan forma e identidad a las escuelas. Se recogen de manera muy breve y sencilla, para apoyar a quienes nos iniciamos en la aventura de la facilitación. Y se complementan con otros materiales que amplían y profundizan mucho más; como son los módulos de Economía Feminista de las Escuelas de Euskal Herria¹. Podemos decir que este es un primer acercamiento, una invitación, a la aventura de la facilitación.



¹ Véase en: <https://www.mundubat.org/proyecto/escuelas-de-economia-feminista-de-euskal-herria-apuntes-metodologicos-modulos-pedagogicos-rutas-y-soportes-didacticos/>



Seguiremos hilando, enredadas, caminando juntas, desde el compromiso político y con el objetivo de construir un mundo mejor. Desde la mano de nuestras maestras de la Red de Mesoamericanas en resistencia por una vida digna y las facilitadoras de esta escuela política:

Cony Carranza Castro, Amaia Pérez Orozco y Silvia Piris Lekuona;
gracias por guiarnos en este camino.

Con ellas y con tantas otras compañeras que han ido tejiendo red en los diferentes procesos y que han contribuido a esta cartilla participando, compartiendo saberes, habilidades, sentipensares y más, queremos agradecer a: Josefina Roco (Txefi), Olatz Dañobeitia, Berta Malvárez, Lady Toro, Creikiba Lamarie, Lucia Loayza, Maritza Oliva, Maritsou Fernández, Zuriñe Figol, Isabel Fernández, Silvia Rugamas, Erguia Baba, Helena Rincón, Katie Reimberg, Enara Iruretagoiena, Ione Fernández, Afaf El Haloui, Elsa Kassa y Mireya Perea, entre otras tantas compañeras por aportar a la cartilla que tienes entre manos.

Y las que se deseen unir para continuar encontrándonos, resistiendo, compartiendo y construyendo juntas..





CONTENIDOS

1. El proceso educativo

- Partir de sí para ir al nosotras
- Sí al sospechómetro
- Todas sabemos, todas aprendemos
- Sentipensándonos
- Una habitación propia
- Juntas y revueltas

2. El momento educativo

- Al comienzo: un pacto grupal
- Durante el proceso: hilando los pasos
- Con piedras de colores

3. El rol de las facilitadoras

- La facilitación que sostiene y abraza
- El caracol
- Una cartilla metodológica como brújula
- Pero todas, todas, todas

4. La economía feminista

- Sacando a la luz lo invisible
- De nuestra vida al sistema y vuelta
- Construimos bien vivir

I.

EL PROCESO EDUCATIVO

El proceso educativo de las escuelitas se aterriza en seis claves. Combinando todas ellas, pondremos en marcha un proceso de educación popular feminista. Las facilitadoras que preparamos la escuela y las mujeres* que participan formamos juntas un "nosotras" que es quien protagoniza el proceso.





Partir de sí para ir al nosotras

Partir de si... para ir con otras y hacia otras.

Es muy importante conectar el proceso educativo con la vida propia y las experiencias de todas las personas que participamos. No queremos comenzar desde las grandes abstracciones o las grandes teorías, sino desde lo concreto y lo cercano. Si empezamos desde aquí, todas vamos a poder hablar, porque **todas somos expertas de nuestras vidas**. Además, esto nos permite apropiarnos del conocimiento que construyamos, porque tendrá un significado aterrizado en nuestra experiencia.

Pero no queremos quedarnos encerradas en nosotras, cada una en sí misma. **Nuestras vivencias son el punto de partida, pero no el de llegada**. Entonces... ¿dónde queremos llegar?

Queremos vincularnos a las otras, entender que lo que nos sucede está conectado: a veces, lo que me pasa a mí, les pasa a otras, porque son problemas colectivos. A veces, mi vida impacta negativamente en las vidas de otras, porque entre nosotras **hay relaciones desiguales, de opresiones y privilegios**. A veces, lo que otras hacen me ayuda en mi vida. Las relaciones entre nuestras vidas pueden ser diversas, pero siempre existen, porque todas formamos parte de un sistema, de un mundo conectado que queremos entender juntas. Partimos de cada una para llegar a **politizar nuestras vidas en colectivo** y comprender los procesos más amplios que nos condicionan.

Y partimos de nuestras vidas para transformarlas, porque habitamos un mundo lleno de desigualdades y de malos vivires. Queremos comprender y aprender para construir algo distinto, para construir bienvivires hoy y aquí. Y esos bienvivires a veces requieren cambios en nosotras mismas, que nos deshagamos de prejuicios y de comodidades. Sabemos que ese sistema que queremos entender y cambiar no está solo fuera, sino también dentro, en nosotras mismas. Partimos de nuestras vidas para transformarnos, para **hacer rupturas emancipadoras**: aquellos cambios que nos hacen más fuertes y libres. Quizá nos duela, pero es un dolor que nos libera y que podemos sanar juntas.





Sí al sospechómetro

Hay una gran **potencia en la pregunta**. No entendemos el proceso educativo como un proceso lineal en el que quien sabe enseña a quien no sabe. Más bien, lo entendemos como un camino en el que nos vamos a cuestionar y vamos a intentar ir **construyendo juntas las respuestas**.

Queremos abrir interrogantes sobre el mundo: ¿qué cosas no sabemos?, ¿qué partes sí conocemos y cuáles no? Sospechamos de la realidad a la que nos enfrentamos porque no está cerrada, no es inamovible. Podemos cambiarla, podemos encontrar grietas. ¿Dónde están? **La sospecha de que las cosas pueden ser distintas** nos empuja a hacernos estas preguntas juntas.

Pero también nos cuestionamos sobre nosotras mismas: nos sacudimos las formas de ser, de pensar, de hacer y de sentir. Todo puede moverse: no queremos vidas prefabricadas. No tenemos que resignarnos a nada. La educación popular es el proceso por el cual nos atrevemos a cuestionarlo todo, y a cuestionarnos a nosotras. Es un proceso de **toma de conciencia** que realizamos cada una, pero junto a otras.





Todas sabemos, todas aprendemos

En las escuelitas no hay dos grupos: las que saben y las que no saben; las que ya lo han resuelto todo y las que tienen que cambiarlo todo. En la educación popular feminista **todas sabemos, todas aprendemos, todas cambiamos**. Y lo hacemos intercambiando, en colectivo.

Para poder participar todas, tenemos que **abrirnos a todos los lenguajes**: escuchar lo que dice quien calla, comprender a la que habla con palabras nuevas, leer los movimientos y las miradas... Hay tantas lenguas como cuerpos, como vidas que nos juntamos a sospechar juntas. Y todas son válidas. No solo damos valor a la que puede teorizar, a la que cita a autoras o libros, a la que puede escribir un texto sesudo. También a la que conoce el mundo con las manos, a la que transmite su saber en un tejido o en sus gestos, a la que penetra agudamente el mundo con su experiencia de barrio, campo o calle.

Construir un proceso educativo en el que todos los saberes se valoren y todos los lenguajes quepan no significa quedarnos con los mínimos. Si cada una conoce un color diferente, no significa que no vayamos a poder hablar de ningún color, sino que vamos a hablar de todos los colores. Decir que no hay una única forma válida de conocer y aprender no significa que todas vayamos hacia abajo, renunciando a transmitir lo que sabemos porque no hablamos el mismo lenguaje. Significa que vamos a intentar **sumar todos nuestros conocimientos**, para ir todas "hacia donde nos lleven el cuerpo y el corazón".





Sentipensándonos

Cuando nos adentramos en un proceso de educación popular feminista, vamos a él **con todo lo que somos**: las distintas dimensiones de nuestras vidas, las mil y una caras que tiene nuestra presencia en el mundo. Por eso necesitamos abrir espacio a esa multiplicidad y buscar maneras de integrarla en el proceso y con las metodologías adecuadas. Abrimos espacio a los cuerpos, lo lúdico y lo simbólico. Somos saber racional, palabra oral y escrita. Somos cuerpo en movimiento, que cambia y siente placer y dolor. Somos afectos, amores y desapegos. Somos memoria y tiempo. Somos lo que nos desborda, lo que nació antes que nosotras, lo que nos sobrevive. Integrando todas esas dimensiones podremos apropiarnos del proceso y de lo construido a través de él; alimentándonos de la energía que nos genera todo aquello que somos.

Si solo abrimos espacio a una dimensión, no estaremos nosotras, solo una parte escindida y solitaria. Por eso son importantes momentos diversos: de reposo, de conexión con lo espiritual, de reflexión, de movimiento...

En las escuelitas prestamos especial atención a la dimensión corporal. **O ponemos el cuerpo o... ¡ponemos el cuerpo!** Hay que dar lugar al territorio desde el que sentimos, para poder identificar dónde notamos las opresiones del sistema y también dónde situamos nuestras fuerzas, las cosas que nos hacen sentir mejor. Es también a través del cuerpo como podemos abrir espacio a lo lúdico y al juego, como herramientas para el goce y la revolución.





Una habitación propia

La educación popular feminista puede estar dirigida a cualquier persona. Pero, siempre, uno de sus elementos centrales es **partir de la conciencia de que existen relaciones de desigualdad entre mujeres* hombres y otras más**. Por eso, a través del proceso educativo intentamos entender cómo funcionan estas desigualdades y, sobre todo, cómo podemos enfrentarlas.

Pero la educación popular feminista también requiere que existan momentos y procesos educativos en los que **las mujeres* nos juntemos entre nosotras**. Decimos mujeres* y no “la mujer” porque hay grandes desigualdades y diversidades entre nosotras, no hay una única manera de “ser mujer”. Y porque estamos juntas mujeres nacidas biológicamente de sexo femenino, mujeres trans ², lesbianas, migradas, racializadas etc.

Las mujeres* necesitamos espacios formativos no mixtos porque las desigualdades de género son aún muy fuertes y requerimos, por eso, compartir esta experiencia de desigualdad en el reparto de trabajos, en las responsabilidades de cuidados, en las violencias... Estos espacios no mixtos forman parte de un proceso de **empoderamiento**, de esa ruptura emancipadora de la que hablábamos antes. Las escuelitas apuestan por ser una habitación propia para las mujeres*.

La idea de generar “habitaciones propias”, espacios no mixtos, puede extenderse cuando queremos abordar **otros ejes de privilegio/opresión**. Por ejemplo, un proceso de educación popular feminista puede construir espacios no mixtos en los que no participen personas blancas, para que personas racializadas reflexionen sobre sus necesidades, intereses y estrategias. Sin embargo, en las escuelitas apostamos por procesos mixtos entre mujeres* racializadas y blancas: queremos estar juntas y revueltas.



² Las mujeres trans son aquellas compañeras a las que, al nacer, se les asignó el sexo masculino, pero que se sienten y reconocen mujeres. Las mujeres trans comienzan procesos de transición (del sexo masculino al género femenino), que pueden incluir cambios más externos (en la forma de vestirse, peinarse, maquillarse, hablar o comportarse) o cambios más corporales (hormonación, operaciones en el cuerpo). Desde el feminismo, reconocemos que las mujeres trans son tan mujeres, como aquellas a las que, al nacer, sí se les reconoció del sexo femenino.



Juntas y revueltas

La educación popular es un camino que recorremos juntas, desde el reconocimiento de cada una de nosotras. Es un proceso colectivo, y lo colectivo es algo mucho más potente y grande que la suma de personas: desde nuestra mirada, **una + una + una es mucho más que tres**, es algo distinto. Por eso lo construimos todo en colectivo: desde las preguntas a las respuestas, pasando por el camino que las va tejiendo.

Como ya decíamos, en las escuelas apostamos por **compartir mujeres* racializadas y migradas con mujeres* blancas y autóctonas**. Hay una potencia en estos grupos mixtos, porque desde ellos podemos construir formas de apoyo mutuo concretas; podemos quitarnos los prejuicios al escuchar a las otras y entender las distintas formas de opresión; podemos abrir caminos de encuentro y sororidad desde las desigualdades que nos atraviesan. Las escuelas son un lugar donde podemos encontrarnos nos-otras desde lo político, no desde el asistencialismo.

Cuando apostamos por este proceso colectivo sabemos que estamos haciendo una apuesta que es muy enriquecedora, pero no es sencilla. Hay relaciones de desigualdad entre nosotras. Esta desigualdad puede deberse a distintos factores: la edad, la experiencia, la clase social, la racialización, el estatus migratorio... Estas diversidades las traemos en nuestros propios cuerpos, y son una enorme riqueza si logramos, a partir de ellas, construir relaciones de horizontalidad, en las que todas sepamos dar y recibir, hablar y escuchar, aprender y enseñar. Pero, para conseguirlo, hay que **hacerse cargo de las desigualdades y de los privilegios e intentar desactivarlos**: aprendiendo a callar quienes hablan mucho, caminando al ritmo de la más lenta y abriendo las orejas para escuchar; aceptando sentirnos incómodas sin que eso lleve a rupturas, sino con el ánimo de avanzar y tejer alianzas para luchar contra los sistemas opresores.

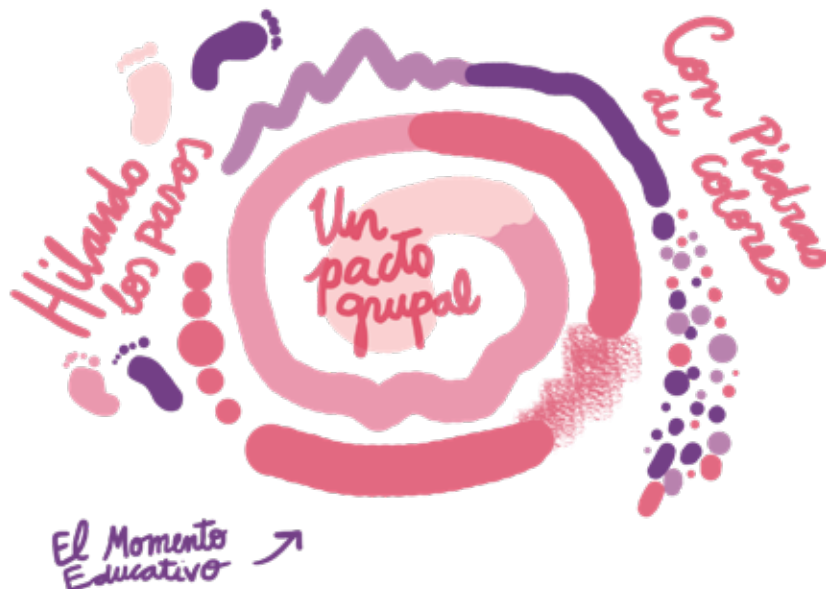
Estamos juntas y revueltas: **nuestras diversidades son una riqueza** de la que nos queremos alimentar; **las desigualdades son un problema**, y desmontarlas es un reto que tenemos que asumir consciente y responsablemente.



2.

EL MOMENTO EDUCATIVO

No podemos pensar el proceso educativo como una línea recta, con un lugar de comienzo claro y, mucho menos, un lugar de llegada cerrado. Es más bien una espiral: un proceso cíclico, con momentos en los que iremos encontrando de nuevo nuestras sombras, nos detendremos y continuaremos o modificaremos el rumbo. Pero es importante que pensemos hacia dónde queremos dirigirnos y dar un sentido y un hilo global a esta espiral. Porque es una **espiral que camina**, y vamos a intentar construir una senda, **hilando los pasos** y desbrozando el camino con metodologías variadas que nos llenen de energía y alegría, con **piedras de colores**.



Al comienzo: un pacto grupal

En el momento de arrancar la escuela, es importante llegar a acuerdos sobre cómo vamos a funcionar durante el tiempo que estemos juntas. Todos estos acuerdos podemos recogerlos en un pacto grupal: **No son normas que alguien nos impone, ¡son un pacto que construimos en colectivo!** No son solo palabras que intercambiamos, sino que recogen el espíritu profundo de cómo comprendemos todo el proceso educativo.

Un primer elemento a pactar son los **Objetivos** de la formación, aclarando lo que se ha previsto y abriendo la posibilidad de adaptarlos. El porqué de poner en marcha una formación y lo que buscamos con ella será algo que, en principio, lo definan las personas que organizan el curso y las facilitadoras. Pero, por transparencia y como parte de esa comprensión de la escuela como una construcción colectiva, es necesario también abrir la posibilidad de reformularlos de forma que se acomoden bien a la singularidad del grupo.

El pacto también debe incluir los **Tiempos** que vamos a seguir: cuándo vamos a descansar; cuándo comenzamos y terminamos... Durante la duración de la escuela, vamos a formar parte de un cuerpo colectivo, por eso tenemos que decidir colectivamente cómo cuidarlo, respetando también los tiempos de cada una.

En la educación popular feminista todas somos **Corresponsables** del proceso y del momento. Nadie se sienta pasivamente esperando solo a recibir. Esto no significa que todas juguemos el mismo papel. Podemos tener roles diversos, y es especialmente importante entender bien el rol que juegan las facilitadoras (y que luego veremos). Pero sí significa varias cosas:

Hay tareas de **cuidado del espacio común** que podemos compartir: ¿quién se encargará de asegurar más o menos la limpieza del lugar?, ¿de que el espacio que compartamos sea agradable? ¿y de asegurar que tengamos un refrigerio o que la cafetera funcione?

Nos responsabilizamos de **asistir**. Las escuelas son un proceso, lo que sucede en una sesión está relacionado con lo que sucedió en la anterior. Por eso no podemos venir o no en función de las ganas de cada día.

Asumimos un compromiso con las compañeras. Existe un vínculo directo entre mi autocuidado y el cuidado del grupo y del proceso.

Nos comprometemos a **participar y apoyar**: formamos parte del camino, no somos espectadoras. Cada una vamos a contribuir desde nuestros conocimientos y experiencias, con nuestro lenguaje. Vamos a aportar a la construcción de saberes compartidos, vamos a reflexionar sobre lo que está sucediendo y cómo está sucediendo y, si hay cosas que creemos que deben cambiar, aportaremos a la evaluación.

De esta manera, siendo corresponsables y cuidando del espacio, nos comprometemos a generar un **espacio de confianza** mediante:

La escucha activa:

Estamos construyendo una conversación. Vamos a participar en ella. Pero participar no es solo hablar, sino, también, dejar hablar y escuchar al resto. Es respetar los silencios, que, a veces, dicen mucho más que un torrente de palabras.

Evitar el pensamiento único:

A veces es fácil decir cuándo estamos de acuerdo con lo que se dice o se propone, pero cuesta más expresar un desacuerdo, o escuchar a quien tiene una opinión distinta. Y los desacuerdos, cuando los expresamos para construir, y no para destruir, son muy importantes. Nos ayudan a ver los puntos flojos y a no avanzar en falso, sobre el vacío o la incomodidad de algunas compañeras.

Evitar los juicios y reconocemos en la diversidad:

Cuando nos escuchamos y compartimos, tenemos que evitar juzgarnos unas a otras. Hay que hacer un esfuerzo por no caer en la tendencia de dar consejos, "lo que tendrías que hacer es", de restar valor, mostrando que "eso ya me lo sé" o "eso ya lo he superado". La vida de cada mujer es única y podemos apoyarnos, pero nadie va a salvar a nadie.

Un espacio de confianza debe ser también **un espacio seguro**. Hay que cuidar que todas las compañeras nos sintamos seguras, evitando las hostilidades y garantizando que todas podemos acceder al espacio común (por ejemplo, si tenemos una diversidad funcional manifiesta). Todo esto es muy importante siempre. Pero el cuidado de la salud colectiva se vuelve especialmente importante en los tiempos actuales. Los procesos educativos que tienen lugar durante la pandemia tienen que prestar mucha atención a esta dimensión. Eso implica responsabilizarse antes del encuentro: si nos sentimos mal, no acudimos. Y durante el encuentro: pactando las medidas de seguridad que nos parezcan adecuadas a todas, siempre asumiendo que el movimiento será de menos a más: vamos hacia más seguridad, para sentirnos todas seguras; no hacia menos, aunque eso signifique que algunas puedan sentirse más condicionadas. Y, si surgen tensiones o hay cosas que vemos distinto, las hablamos.

Puede ser muy útil dejar estos pactos por escrito, o dibujados, como un recordatorio o un lugar al que volver a lo largo del proceso o cuando surjan tensiones. Las tensiones son normales, son parte de la vida en colectivo. El pacto puede ayudarnos a afrontarlas.



Durante el proceso: hilando los pasos



En todo proceso educativo tenemos que elegir y **definir la ruta metodológica**. La metodología no es neutral, sino un medio al servicio del proceso. Según qué dinámicas escojamos, estaremos abriendo un camino diferente. Además, la metodología es fundamental para lidiar con las relaciones de poder. Por eso tenemos que prestar mucha atención a las siguientes cuestiones:



¿Qué formato elegimos?
Carga horaria, periodicidad, días y horarios, facilidades para cubrir necesidades de cuidados (¿hay guardería o podemos llevar a nuestras hijas e hijos?)



¿Qué contenidos planteamos y cómo decidimos trabajarlos?
En función de esto estaremos construyendo un tipo de relación distinta al interior del curso entre todas, participantes y facilitadoras. ¿Qué lugar damos a los diversos saberes?, ¿usamos metodologías que nos permitan valorar los saberes de todas?



¿Cómo organizamos la división y ocupación de los espacios, los tiempos y el uso de la palabra?, ¿Qué cosas cuidamos al momento de conformar los grupos de cada proceso?

También es muy importante tener en cuenta que **las metodologías no son nunca una receta**, un manual que podamos copiar y pegar. Debemos adaptarlas al proceso concreto. Cada proceso formativo es un mundo distinto, y a él tenemos que ajustarnos. Pero tampoco es posible preverlo todo al inicio, por eso necesitamos ir adaptando las metodologías a lo largo del camino, gracias a la evaluación continua.

Aunque sepamos hacia dónde queremos dirigirnos (los objetivos) y hayamos diseñado cómo (la metodología), tenemos que **abrir espacio a la posibilidad de reconducir**. Por eso necesitamos integrar dinámicas de **evaluación** que nos permitan compartir impresiones sobre cómo está yendo la formación: ¿nos sentimos cómodas?, ¿estamos pudiendo a bordar los contenidos?, ¿hay cosas que necesitamos cambiar? Estas son preguntas que debemos incluir de manera continuada, no solo al terminar la formación.



Además, tenemos que estar abiertas a los momentos de parada, de giro o, incluso, de vuelta hacia atrás.

Quizá necesitemos retomar cosas que parecía que ya habíamos trabajado.

Quizá necesitemos trabajarlas más para poder avanzar todas juntas.

O quizá, al trabajarlas más, todas juntas tomemos un rumbo diferente.

Para poder ajustarnos a los ritmos de todas, tenemos que evitar empeñarnos en seguir la hoja metodológica prevista pase lo que pase.

Esta hoja es **una guía indispensable, pero hay que ajustarla** al grupo y a lo que, juntas, construyamos. Cada experiencia educativa es única e irrepetible.

Por último, son muy importantes los momentos para hacer **devoluciones**

y síntesis. Con ellos, podremos recoger el hilo de lo que estamos trabajando.

En las formaciones, al ir paso a paso, al poner la energía y el cuerpo en cada momento, corremos

el riesgo de perder la mirada de conjunto. Por eso son importantes

los momentos donde podamos recordar el camino que estamos construyendo, y llenarlo con todo

lo que hemos ido compartiendo. Necesitamos ir cerrando los caminos

que abrimos, sabiendo siempre que los cierres son flexibles.



Con piedras de colores

Apostamos por la **Combinación de herramientas**. Usando distintas dinámicas intentamos responder a los objetivos concretos, y a las necesidades, los intereses y las experiencias del grupo.

Las escuelas ponen especial importancia en las metodologías que se abran a la **Dimensión espiritual y corporal**. Lo hacemos desde un sentido político, para sentipensarnos y apropiarnos. No son una cuestión simplemente "folclórica", o decorativa, vistosa. Son una apuesta por construir procesos educativos en los que integremos, como hemos dicho antes, todas las dimensiones de lo que somos, las facetas diversas de nuestras vidas. Vamos a abrir espacio para la dimensión espiritual, el cuerpo, la alegría y el juego. Todo ello nos abre la oportunidad de encontrarnos y compartir. En los juegos jugamos... y nos jugamos. Pero no en un sentido competitivo, sino desde la cooperación. Con la música, las canciones, las poesías... abrimos espacio a la emoción.

En las escuelas son especialmente importantes los **Rituales**. No los entendemos como algo religioso, sino como un acto político que hace presentes los elementos de la Pachamama, Ama Lurra, Tierra, que están también en nosotras: el agua, porque más de la mitad de nuestro cuerpo es agua; la tierra, que es la materia que nos da consistencia y nos permite estar aquí; el aire, que es el oxígeno que respiramos; y el fuego, que es nuestra temperatura que nos mantiene vivas, sin que podamos nunca enfriarnos o arder. Mediante los rituales confirmamos nuestro compromiso de cuidarnos y de cuidar los elementos. Y nos conectamos con ellos: si es otoño, recogemos las hojas; si es primavera, las flores. Compartimos lo que nos alimenta, las semillas, las frutas, hortalizas.

3.

EL ROL DE LAS FACILITADORAS

Para que pueda crearse todo ese momento educativo precioso en el que todas somos protagonistas, es fundamental jugar bien nuestro rol de facilitadoras. La facilitación es un tejido fino, grueso, con puntadas de varios colores. Es mucho más que dar turnos de palabra, y es mucho más complejo que rellenar de contenidos y actividades. Hay cuatro cosas fundamentales que debemos tener en mente sobre nuestro papel como facilitadoras.



● La facilitación que sostiene y abraza

Facilitar es jugar un papel político y autocrítico. Vamos a intentar generar rebeldía, movimiento, toma de conciencia y empoderamiento. Pero vamos a hacerlo recordando siempre dos cosas:

Tenemos que **romper con una visión mágica**, que haga creer a las mujeres* que participan en la escuela que todo es posible y que todos los sueños se cumplirán. Eso no significa que no animemos a las mujeres* a creer en ellas mismas y a tener metas. La alegría y el optimismo tienen que estar y debemos evitar una posición desilusionada, pesimista. Pero tienen que estar sostenidas en la tierra, sin perder de vista el proceso y los límites. Hay que ayudar a romper con esa visión capitalista de: "tú eres lo que has querido ser. Si no tienes 'éxito' es porque no lo has luchado suficiente". Esta es la mirada que tenemos que evitar.

Tenemos que **generar confianza**: ser capaces de escuchar y de dar un lugar al saber de cada una. Tenemos que transmitir nuestra creencia en las mujeres* que están en la formación, entendiendo el proceso por el que están pasando. Necesitamos que sientan que nos importan y sostener esa realidad durante el tiempo que estemos juntas. Nuestras soluciones son **colectivas, enredadas con nuestros saberes, haceres y sentires.**





● El caracol

La facilitadora es como un caracol: puede ir hacia fuera, sostener y escuchar. Pero porque también ha ido hacia dentro, **se ha escuchado a sí misma, reconoce su herida y busca sanar individual y colectivamente.** Las facilitadoras tenemos que darnos nuestro tiempo para asentar lo que vamos a decir. Tenemos que ver que todo esto (lo que le pasa al grupo y a las mujeres*) somos nosotras mismas: a mí también me ha pasado, me está pasando. Es un **viaje de ida y vuelta.** Estamos dentro del proceso, porque nosotras también cambiamos y aprendemos. Pero estamos fuera porque tenemos una responsabilidad sobre el grupo.

Las facilitadoras tenemos que ser responsables y **medir hasta dónde podemos abrir** nuestras experiencias, vivencias. Tenemos la responsabilidad de sacar al grupo, de recoger y de no abrir procesos cuando no tenemos la capacidad de acoger o cuando no tenemos recursos para derivar. Tenemos que emocionarnos, pero con cuidado a no permearnos demasiado. Si vamos a sostener, no podemos desparramarnos. Tenemos que cuidarnos para poder cuidar al grupo.

Una cartilla metodológica • como brújula

Desde la conciencia de nuestro rol y su potencialidad (para el resto y para nosotras mismas), nos responsabilizamos de alimentar esa potencia y de cuidar los elementos que construyen el proceso educativo y que se recogen en nuestra cartilla metodológica. Vamos a decidir **hacia dónde** va la formación, el camino espiralado del que hemos hablado y que recorreremos con las mujeres*. Vamos a **reconducir** el camino con la evaluación continua. Vamos a **guiar los pasos y a intentar hilarlos**, con momentos de recogida y síntesis. Vamos a elegir las piedras de colores sobre las que vamos a caminar: **las dinámicas que nos permitirán sentipensarnos**.

En nuestra cartilla metodológica, **damos lugar al cuerpo**. Muchas dinámicas, juegos, tienen el sentido de mover y sentir el cuerpo. Esto tiene un momento central en cada taller. Las emociones tienen que dar lugar a la alegría, las tristezas, la rabia, la culpa etc. Juntas, apasionadas, creativas.

Como facilitadoras, nos comprometemos a **preparar y guiar el viaje**, usando todas las herramientas, y nos comprometemos también a ir recogiendo los pasos que vamos dando. Pero nuestra responsabilidad es también estar abiertas a las sugerencias del grupo, saber que podemos equivocarnos, **estar dispuestas a enrumbar** si es necesario. Por eso es importante dar lugar a la definición común de los objetivos, al acuerdo del pacto grupal de partida y a la evaluación continua.





Pero todas, todas, todas ●

Las relaciones de poder nos atraviesan, las llevamos en el cuerpo, también las facilitadoras. La facilitación es un lugar de "autoridad" que se entreteteje con otras relaciones de poder. Desde ahí, podemos apoyar los procesos de empoderamiento* y "empoderarnos nosotras", **Buscamos un poder no sobre las otras, sino con las otras.** Hemos de aceptar esa autoridad, reconociéndonos en ella a través del reconocimiento de las demás. Intentamos construir poder entre todas, y no sobre otras. Y, para eso, prestamos mucho cuidado a las dinámicas. Por ejemplo, al sentarnos en círculo, o al hacer un círculo en torno al ritual, transmitimos una sensación de acogida, intentamos que nadie se quede fuera. También tratamos de compartir roles o tareas, abriendo espacios para que las mujeres faciliten algunas cuestiones y vayan corresponsabilizándose del proceso.

4.

LA ECONOMÍA FEMINISTA

Las escuelitas trabajan un tema concreto: la economía feminista.
¿En qué se traduce esto a la hora de facilitar?
Hay tres cosas principales que no podemos perder de vista.





Sacando a la luz lo invisible

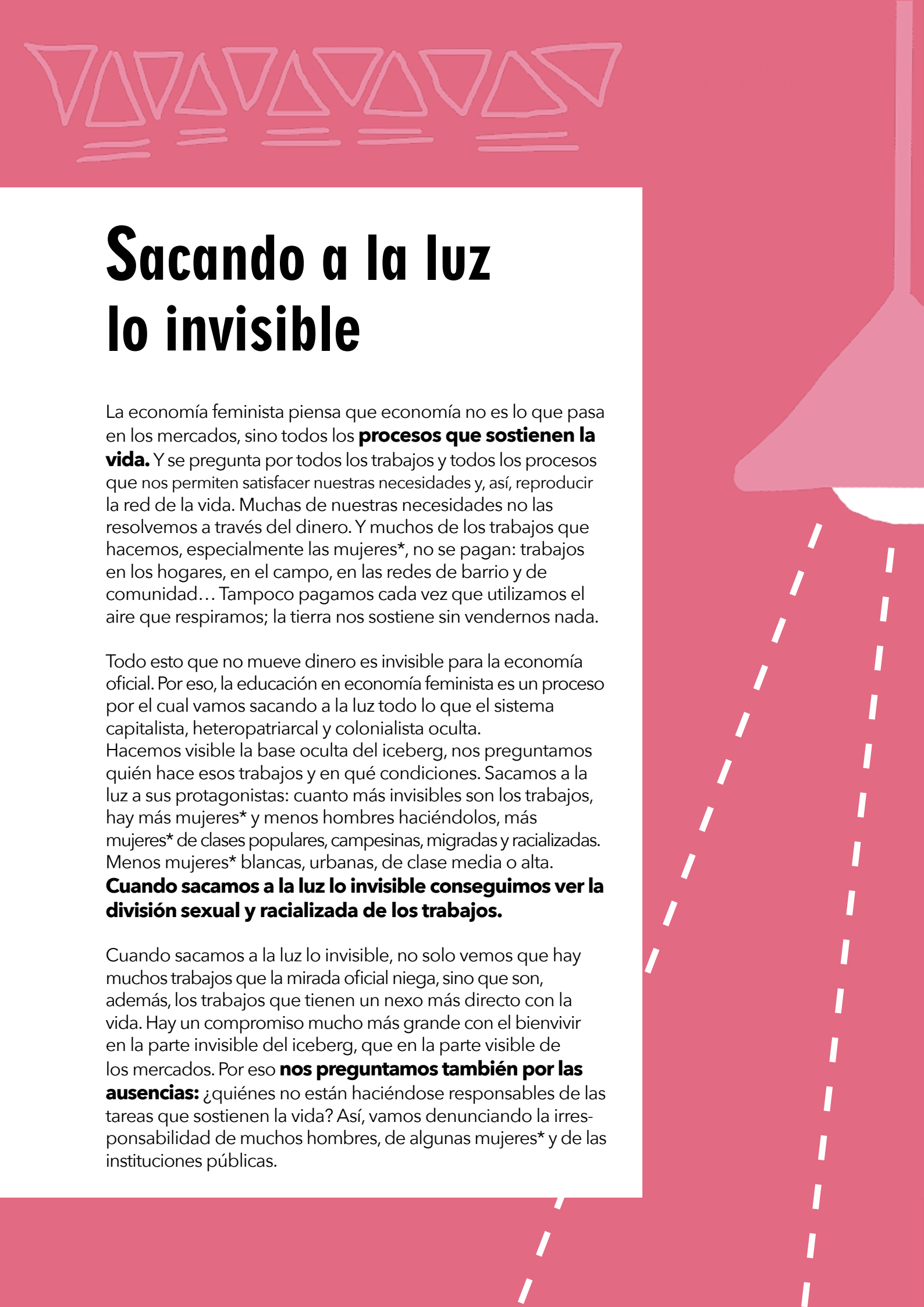
La economía feminista piensa que economía no es lo que pasa en los mercados, sino todos los **procesos que sostienen la vida**. Y se pregunta por todos los trabajos y todos los procesos que nos permiten satisfacer nuestras necesidades y, así, reproducir la red de la vida. Muchas de nuestras necesidades no las resolvemos a través del dinero. Y muchos de los trabajos que hacemos, especialmente las mujeres*, no se pagan: trabajos en los hogares, en el campo, en las redes de barrio y de comunidad... Tampoco pagamos cada vez que utilizamos el aire que respiramos; la tierra nos sostiene sin vendernos nada.

Todo esto que no mueve dinero es invisible para la economía oficial. Por eso, la educación en economía feminista es un proceso por el cual vamos sacando a la luz todo lo que el sistema capitalista, heteropatriarcal y colonialista oculta.

Hacemos visible la base oculta del iceberg, nos preguntamos quién hace esos trabajos y en qué condiciones. Sacamos a la luz a sus protagonistas: cuanto más invisibles son los trabajos, hay más mujeres* y menos hombres haciéndolos, más mujeres* de clases populares, campesinas, migradas y racializadas. Menos mujeres* blancas, urbanas, de clase media o alta.

Cuando sacamos a la luz lo invisible conseguimos ver la división sexual y racializada de los trabajos.

Cuando sacamos a la luz lo invisible, no solo vemos que hay muchos trabajos que la mirada oficial niega, sino que son, además, los trabajos que tienen un nexo más directo con la vida. Hay un compromiso mucho más grande con el bienvivir en la parte invisible del iceberg, que en la parte visible de los mercados. Por eso **nos preguntamos también por las ausencias**: ¿quiénes no están haciéndose responsables de las tareas que sostienen la vida? Así, vamos denunciando la irresponsabilidad de muchos hombres, de algunas mujeres* y de las instituciones públicas.





De nuestra vida al sistema y vuelta

Con las dinámicas que preparamos, intentamos hacer el nexo entre la vida concreta y el sistema que habitamos, ese que decimos que es una **hidra de múltiples cabezas**: es el capitalismo neoliberal, heteropatriarcal y racista. Es una forma de economía que crea desigualdades entre mujeres y hombres, entre personas migradas y racializadas y personas autóctonas y blancas, entre clases sociales. Es un sistema que no pone nuestras vidas en el centro, sino el dinero y la acumulación. Por eso decimos que es **un sistema que nos genera malos vivires y que queremos cambiar**.

Todo esto queremos entenderlo, pero no empezando por arriba, por las grandes palabras, las teorías complejas o las cosas lejanas. Queremos **empezar desde nuestras cotidianidades**, entendiendo los trabajos que hacemos, las necesidades que tenemos, las redes que construimos día a día para sostener nuestras vidas y, desde ahí, sostener la economía. Empezando desde nosotras vamos a poder construir un saber del que nos apropiamos. No buscamos un saber experto que viene de fuera, porque ese saber es estéril y no nos ayuda. **Buscamos un saber cotidiano y útil, que surge del rol protagonista que las mujeres* jugamos en la economía**.

Esto nos permite reconocer que la hidra no está solo fuera: está en nosotras. Nosotras mismas reconstruimos día a día el capitalismo cuando caemos en el consumismo. Reconstruimos el heteropatriarcado cuando no nos rebelamos contra el desigual reparto de responsabilidades en las casas o cuando enseñamos distinto a hijas e hijos. Reconstruimos el racismo cuando no queremos ver ni escuchar a nuestra vecina que viene de otro lugar y habla otra lengua. **Reconocer que la hidra está en nosotras convierte nuestras vidas en terreno de lucha**. Nos da herramientas para cambiar el mundo cambiándonos.

Empezar desde nuestras vidas es también **reconocer el valor de lo que hacemos**, de los trabajos cotidianos que tantas veces son invisibles. Es entender que, sin estos trabajos, el mundo no funcionaría. Y esto nos da fuerzas para exigir cambios. Pero empezar desde nosotras no significa poner toda la responsabilidad en nosotras; como hemos dicho, hay que evitar el pensamiento mágico de "todo lo puedo", porque, además, nos puede llevar a la culpa si no lo conseguimos. Por eso necesitamos entender que hay cosas que vienen de fuera, de esa cosa escandalosa que devora y precariza nuestras vidas.





Construimos bienvivir

Desde el feminismo, cuando hablamos de economía, lo hacemos no solo para entender lo que sucede, mucho menos para quedarnos en el lamento. Lo hacemos para transformar nuestras vidas concretas y, si podemos, transformar un poquitito el mundo. Por eso **nos enfocamos en las alternativas**, sobre todo, en las cosas que ya estamos haciendo o que otras compañeras están haciendo.

A veces, al oír hablar de economía parece que alguien va a darnos un empleo. Y es verdad que necesitamos empleo, pero eso no forma parte del proceso de las escuelas. En las escuelas queremos facilitar otro tipo de herramientas. No damos trabajo, sino que reconocemos el valor de los trabajos que hacemos y lo redistribuimos. No damos dinero, sino que aprendemos a organizar el dinero de otra forma, cuestionándonos el consumismo.

Queremos **luchar por la vida aquí y ahora**. No abrimos un proceso educativo para sacrificar la vida hoy por una supuesta vida mejor futura: ni la nuestra, ni la de nuestras familias, ni la del mundo. Cuando vemos el valor de lo que hacemos, especialmente cuando vemos el valor de los trabajos que hacemos como mujeres, lo hacemos para poder cambiar la forma en que se reparten y para reconocer el lugar de fuerza que nos dan para transformar las cosas. No queremos quedarnos en la queja o en el lamento, tampoco en el orgullo del sacrificio. Queremos construir desde la esperanza.

Como decía Berta Cáceres:

"No hay mejor acto de rebeldía que conservar la alegría"
Berta Cáceres

¡Vamos ánimo compañeras!

Mundubat Fundazioa lleva desarrollando Escuelas de Economía Feminista (EFF) tanto en Mesoamérica como en Euskadi desde el año 2011. Tienes entre manos una herramienta de Educación Popular para las formadoras de las Escuelas, para que les sirva de guía a las compañeras que se acerquen por primera vez a la experiencia de facilitar una escuela de economía feminista. Incluye las principales cuestiones metodológicas y pedagógicas que dan forma e identidad a las escuelas y que permite dar una foto inicial de cómo emprender este camino de la facilitación de las EFF. Este es un recurso complementario a otros, que puedes encontrar en nuestra página web para impartir el proceso de las EFF.

Mundubat